¿Por qué no aceptó Dios la consagración de Francia hecha por manos tan puras, salida de un corazón tan digno? Con sorpresa se hace uno de pronto esta pregunta; mas la respuesta aparece luego. No aceptó Dios esa consagración, porque el día en que se verificó, Luis XVI no era ya el rey de Francia, sino un cautivo; porque si los vendeanos eran héroes ciertamente, no eran la Francia misma; porque ésta, en vez de proclamar la consagración de Luis XVI, le arrastraba al cadalso, y en lugar de unirse á los vendeanos, los fusilaba. No existió, pues, el homenaje nacional que Dios había exigido.

En estas circunstancias acabó el siglo XVIII. Cuando se le mira desde lejos para contemplarlo mejor, se advierten dos especies de Francias; una que sufre y otra que hace sufrir; la Francia de las víctimas y la de los verdugos. Sobre aquéllas, para sostenerlas y consolarlas, brilla el Corazón de Jesús. En cuanto á los verdugos, ¡también ellos adoraban un corazón! En la sombra amenazadora en que se ocultan ó en medio de la siniestra luz que los alumbra, se les ve arrodillados ante el corazón de Marat.

¡El Corazón de Jesús ó el corazón de Marat! De esta manera se planteó la cuestión á fines del siglo XVIII, y no cesa hasta hoy de plantearse así; pero es forzoso que llegue un día en que se decida definitivamente.

## CAPITULO XVII

PRIMEROS FRUTOS DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS.—LA IGLESIA DE FRANCIA SE REANIMA AL CALOR DE LOS RAYOS DEL SAGRADO CORAZÓN.

### BEATIFICACION DE MARGARITA MARIA

*Jam hiems transiit; imbert abiit et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra; vox turturis audita est, vineae florentes dederunt odorem suum. Surge, amica mea, speciosa mea, et veni.*

Pasó el invierno; cesaron ya las lluvias; comienzan á brotar las flores en nuestra tierra; se escucha el arrullo de las tórtolas; los viñedos esparcen su fragancia. Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.

(Cant. II, 14.)

Poco á poco iba surgiendo de entre las sombras la Bienaventurada, y se remontaba hacia la gloria, sosteniéndola su muy Amado [1]! Mientras que la devoción al Corazón de Jesús no fué aprobada por Roma, la humilde Margarita permaneció en la obscuridad; mas ahora ya es tiempo de que suba á los altares, para que la glorificación de la *Reveladora* acabe de hacer brillar la divina belleza de la *Revelación*.

1 Cant., VII, 5.

No obstante, terminó el siglo XVIII sin que Margarita María hubiese sido declarada *Venerable*. Su proceso de canonización se inició en 1715, y aunque en su brevedad se resentía de los tristes tiempos que corrían y carecía de la grandeza religiosa, de la precisión y de la abundancia de detalles que caracterizan los procesos notables del siglo XVI, se habían recibido las declaraciones de muchos testigos contemporáneos y consignado varios hechos admirables para que pudiera dudarse del buen resultado de la causa. Este proceso de 1715, que dormía en los archivos del obispado de Autun, no salió de ellos para ir á Roma sino hasta 1820, es decir, ciento cinco años después. Comenzaron también las peregrinaciones á Paray, y particularmente en los años de 1745 á 1746, en que una peste asoladora hacía espantosos estragos y el número de peregrinos fué crecidísimo; pero el nombre de la Bienaventurada no podía pronunciarse en las oraciones públicas, y su cuerpo reposaba sin otra gloria que el recuerdo incesante de las religiosas, bajo el pavimento del coro en que fué sepultada el año 1690. Después de un siglo nada había cambiado en lo que á ella concernía.

Entre tanto la revolución tronaba como una tempestad impía sobre Francia, no sólo derribando tronos, sino demoliendo altares y suprimiendo monasterios. El de Paray fué cerrado como los demás y lanzadas á la calle las religiosas, que abandonaron anegadas en llanto ese santuario querido del Sagrado Corazón, esa capilla llena de los divinos vestigios de Nuestro Señor, el jardín que le había visto, en fin, todos esos lugares augustos que tantas veces besaron la huella de sus pies. Pero al abandonar ese asilo querido, no lo hicieron sin llevarse



su tesoro, el humilde ataúd de madera en que reposaban los restos de su bienaventurada hermana. Los depositaron en lugar seguro, y cambiando de traje, se retiraron, unas al seno de sus familias y otras á las pequeñas casas que alquilaron en la ciudad, y fieles en secreto al Dios que no se les permitía adorar en público, dejaron que pasara la revolución, como el viajero que, suspendido por la tempestad, se refugia en una gruta, seguro de que al fin renacerá la calma.

Tan luego como la religión recobró su libertad, comenzaron las monjas á trabajar activamente por entrar de nuevo en posesión de su monasterio; pero estaba vendido como una de tantas fincas *nacionalizadas* y fraccionado entre varios *propietarios*. Eran ellas muy pobres para rescatarlo, y se pasaron más de veinte años en tentativas inútiles. Por fin, en 1817, viendo que sus esfuerzos eran estériles y que las religiosas iban muriendo una tras otra sin volver á la vida del claustro que abrazaron en su juventud, se decidieron á ocupar una casa que se les ofreció en la Charité-sur-Loire; y á semejanza de los monjes de la Edad Media que huían de las incursiones de los normandos llevándose las reliquias de sus santos, al dejar ellas á Paray resolvieron llevar consigo el humilde ataúd que contenía los preciosos restos de Margarita María.

Mas apenas se tuvo noticia en la ciudad de semejante resolución, cuando se produjo una emoción extraordinaria. Los magistrados intervinieron oponiéndose á la partida. El alcalde llegó hasta poner al ataúd los sellos de la ciudad y ordenó que fuese custodiado por una guardia permanente. Así siguieron las cosas hasta el 16 de Junio de 1823 en que, de acuerdo con la opinión pú-

blica, mediante los socorros de la caridad y entregando cincuenta mil francos, las hermanas volvieron á tomar posesión de su querido monasterio. Entraron en él conducidas por dos venerables ancianas, á las cuales, después de Dios, se debía tan feliz resultado: una era la hermana María Teresa Petit, que había salvado, durante los días del Terror, las reliquias de la Bienaventurada; la otra, la santa madre María Rosa de Charmoy, restauradora del monasterio, que se había obstinado en la idea de volver á él, y que por sus instancias había obtenido la intervención de los magistrados en favor del precioso depósito.

La revolución, que había demolido tantas abadías reales, tantos ilustres monasterios, respetó éste, que permanecía en pie, envejecido y ruinoso, es cierto, pero completo. La ciudad entera condujo en procesión á las antiguas religiosas llevando en hombros la humilde caja que contenía los huesos de Margarita María. Impotente es el idioma para describir la emoción de esas venerables ancianas, al ver de nuevo, al cabo de tantos años, aquella capilla, aquella reja, testigos de la aparición de Jesucristo; la pequeña celda en que murió la Bienaventurada, la escalera de los serafines, el oratorio del noviciado, el bosquecillo de avellanos que había florecido y ensanchádose como si la revolución no pasase por él; la capilla del Sagrado Corazón en el fondo del jardín, cerrada con llave por las religiosas en el momento de su exclaustración, y que no volvió á ser abierta, como si Nuestro Señor quisiese preservar de todo contacto sacrílego el santuario de su Corazón adorable. Todo se conservaba como el primer día, piadoso venerable, lleno de las huellas indelebles de Jesucristo y de su sierva.



En esos sitios, las hermanas derramaron lágrimas de ternura y olvidaron en dulce arrobamiento treinta años de destierro y de terribles amarguras.

Lo que más había sufrido era la capilla; toda estaba cuarteada; y las pinturas de las paredes representando el corazón de Jesús, se hallaban deterioradas en varios sitios. Un arquitecto propuso demoler esa antigua construcción que amenazaba ruina, y presentó á las religiosas un plano para construir en su lugar una gran capilla. Pero esta idea fué desechada por las hermanas, y gracias á ellas, se ha conservado para la veneración de los fieles el santuario de las comunicaciones del Corazón de Jesús, más dichoso aún que la iglesia de Berosvres.

Apenas reinstaladas en su monasterio, las hermanas no tuvieron más que un pensamiento: instar porque se continuase la causa de canonización de la Bienaventurada. Dios bendijo sus esfuerzos, porque en el curso del mismo año, el 30 de Marzo de 1824, León XII firmó la comisión para la introducción de la causa, y la sierva de Dios fué declarada *Venerable*. Seis años después, en 1830, llegaban á Francia los comisarios apostólicos delegados por la Santa Sede para informarse acerca de las virtudes heroicas de la Bienaventurada. Cinco meses permanecieron en Paray, luego se trasladaron á Autun, evocaron todos los testigos, siguieron religiosamente las menores huellas de la santa, y antes de regresar á Roma determinaron proceder á la apertura del sepulcro y al reconocimiento auténtico de las reliquias. El Obispo de la diócesis, Mons. de Hericourt, presidió la ceremonia, á la que concurrieron multitud de sacerdotes y religiosos, estando presentes cuatro médicos.

Después de las formalidades y de los juramentos prescritos por la Iglesia, se levantó la tapa del ataúd, y á la vista de todos apareció lo que quedaba aún de los restos virginales de la Bienaventurada. No eran más que huesos, pero llenos de aromas de inmortalidad. Las miradas de los asistentes no se saciaban de contemplar esa cabeza que Nuestro Señor estrechó un día sobre su pecho; esas profundas órbitas de los ojos que le vieron resplandeciente en el altar; ese sitio del corazón en que Jesucristo puso su mano para encender el fuego divino que consumió á la Santa, y todos los demás restos purísimos del templo mortal en que habitó su alma grandiosa. Una circunstancia inesperada vino á poner el colmo á la emoción de aquella escena. Todos los huesos estaban áridos, toda la carne consumida; sólo el cerebro estaba intacto, sólo él, ¡oh prodigio!, había resistido á la corrupción. Esa parte tan suave, tan delicada, que se disuelve tan presto, que es la primera en corromperse, aparecía allí después de ciento cuarenta años con toda su frescura. Los asistentes no podían creer á sus ojos; el milagro era patente; así lo declararon los cuatro médicos en el acta verbal que extendieron y firmaron en el mismo sitio. Este suceso extraordinario vino á probar científicamente que la humilde religiosa que el siglo XVIII había escarnecido, y que los jansenistas apellidaban loca y maniática, tenía un cerebro bien constituido, que supo resistir á la acción de la muerte y á la del tiempo.

Dos curaciones extraordinarias, una de las cuales, sometida al examen de la sagrada Congregación, fué declarada milagrosa, acabaron de llenar á todas las almas de alegría celestial.



Una pobre hermana enferma, desahuciada de los médicos, María Teresa Petit, la misma que durante el Terror había salvado las reliquias de la Bienaventurada, llevaba tres meses de estar postrada en cama y en un estado tal de consunción, que sólo acercando el oído á su boca podían oirse algunas palabras. Avisada de que iba á abrirse el sepulcro de la Bienaventurada, reanima su vida con el fuego de la fe, coloca sobre su pecho algunos lienzos tocados á las santas reliquias, y al instante se opera en su salud una crisis sorprendente. A poco se levantó del todo sana y fué á arrodillarse, dichosa y agradecida, cerca de la tumba de Margarita María. Tal milagro fué declarado en el decreto de los *Milagros*.

El mismo día era llevada junto al sepulcro una pobre obrera enferma, que desde Lyon condujo una persona caritativa. No podía dar paso; la carie de que habían sido atacados sus huesos era tal, que los médicos, después de haberle extraído la tibia, declararon indispensable la amputación. Apenas la acercaron al sepulcro, pudo tenerse de pie, y en seguida se arrodilló sin experimentar dolor alguno, quedando enteramente sana.

Bajo la viva impresión de esos sucesos terminó la visita de los notarios apostólicos. Después que acabaron de levantarse por los médicos y cirujanos las actas verbales, se encerraron las santas reliquias en una nueva caja sellada con las armas episcopales y se las depositó respetuosamente bajo las losas en uno de los ángulos del claustro, con la esperanza de que muy pronto llegaría el día de sacarlas de allí con gloria y exponerlas en los altares á la veneración pública.

Ese día iba á llegar, en efecto, pues por brillantes que fuesen aquellos prodigios y otros varios que atestigua-

ban su santidad, nada eran comparados con otro milagro más grande aún que se verificaba después de treinta años á la vista atónita del siglo XIX. La gran prueba de la santidad de la Bienaventurada no son los enfermos curados, sino la Iglesia de Francia reanimada por los rayos del Sagrado Corazón; las profecías realizadas; los hielos de los últimos tiempos deshechos ya; el Corazón de Jesús triunfante de todos los obstáculos, reinando á pesar de Satanás y sus secuaces; el maravilloso renacimiento de la fe, de la piedad, del más puro amor de Dios, del más entusiasta afecto á la Iglesia, en la Francia de Luis XV y de Voltaire, de Robespierre y de Marat.

Sí; la Francia católica renacía en el siglo XIX y se vivificaba bajo los rayos del Sagrado Corazón. Cuanto en ella había de bueno, resucita, se desarrolla y brota en flores más bellas que nunca, en frutos más suaves y más deliciosos. Ved, por ejemplo, á los misioneros, á los apóstoles: ¿en qué época han sido más numerosos, más pobres, más puros, más fecundos, que en el siglo XIX? ¡Hoy caminamos á gran prisa; hemos criado el vapor, los ferrocarriles, el telégrafo, pero hay alguno que va todavía más aprisa que nosotros, y es el apóstol; y cuando nuestros soldados van á las regiones más apartadas del mundo, cuando llegan á Pekin, por ejemplo, hay quienes les aguardan allí y les reciben para cantar el *Te Deum!* Y cuando se llega á esas comarcas en que hasta los ingleses comerciantes se detienen, faltos del valor necesario para llevar más lejos sus mercancías, hay alguno que no se detiene, que camina aún, que avanza siempre, y es el misionero francés, reanimado por el Corazón adorable de Jesucristo.



Y al mismo paso que avanza este ejército de apóstoles, el espíritu público se vivifica también dentro de la misma Francia.

¡El corazón del sacerdote! Sí; comparad al apóstol de 1770 con el de 1870, con ese incomparable clero francés que ha logrado conquistar la admiración aun de sus enemigos.

¡El corazón de la virgen! Bien sabe Francia que hoy existen en su territorio más de cien mil jóvenes señoras que han abandonado todo, juventud, belleza, halagüeñas esperanzas, para consagrarse á la adoración y al amor de Jesucristo. Cien mil jóvenes puras, castas, consagradas sólo al amor de Dios y del prójimo, en un siglo sensual como el nuestro, que no percibe la imagen del Corazón de Jesús sobre el corazón de la Iglesia!

¡Y el corazón de la madre! ¡Ah, también él se regenera sensiblemente! Nunca, en ninguna época, fuera de los primeros siglos del Cristianismo, fueron las madres más celosas de la virtud de sus hijos, más santamente apasionadas por su salvación; nunca habían transformado mejor su maternidad en sacerdocio y su amor en apostolado. Perverso es, sin duda, el presente siglo, pero el corazón de las madres palpita tan cristianamente, que no debemos desesperar. No lo dudemos; el siglo de los Agustinos será regenerado y transformado por el siglo de las Mónicas.

Y el corazón de los jóvenes, ¿acaso no se reanima también? ¿Por ventura no son los jóvenes los que han fundado esa admirable sociedad de San Vicente de Paúl, extendida por el mundo entero? Y todas esas obras de San Francisco Regis, de San Francisco Javier, de San José, ¿quién las sostiene, quién las alimen-

ta? La juventud cristiana, animada por el amor de Jesucristo. ¡Sí, la juventud francesa del siglo XIX tiene una doble y gloriosa aureola: ha dado su corazón á los pobres y su sangre al Papa!

Todo se vivifica, pues; el corazón del apóstol y el del sacerdote; el corazón de la virgen, el de la madre, el del joven; todos los corazones cristianos laten unísonos inflamados por la llama sagrada de la inmolación, del sacrificio y del amor. ¿En qué se ocupan, si no, las jóvenes, las vírgenes, las mujeres cristianas y los hombres? En visitar á los pobres, en proteger á los niños, en consolar á los afligidos, en llevar la fe y la esperanza por dondequiera que detestables doctrinas siembran el odio y la desesperación. Señaladme una enfermedad, y os diré en el acto el batallón sagrado que tiene á su cargo curarla ó al menos aliviarla, y así como los antiguos teólogos enseñaban que hay en el cielo, para cada astro, un coro de ángeles que le dirige y que le anima, de la misma manera hay hoy día, para cada miseria, un coro de vírgenes, ó de hombres, ó de mujeres cristianas, encargado de aliviarla con la esperanza y de sanarla con la caridad.

Pero, ¡cuánto crece la admiración al contemplar en medio de qué sacrificios, de qué pobreza, de qué contrariedades se han establecido ó restaurado todas esas obras de apostolado y de caridad! Todo había sido robado, vendido, todo estaba proscrito, todo destruido; y hoy todo se ha rescatado y restablecido. Si Luis XIV resucitase, nada encontraría de su antiguo reinado, y volvería entristecido al sepulcro no queriendo vivir en medio de una sociedad para él desconocida. Por el contrario, si la venerable Margarita María volviera al



mundo, no observaría cambio alguno en la constitución de la Iglesia. He aquí, diría, esa santa Compañía de Jesús, en la que conocí al P. Colombière, al P. Croisset, al P. Gallifet, hombres todos venerables que fueron los primeros servidores, los primeros adoradores del Corazón de Jesús. He aquí á esos piadosos benedictinos, cuya grande iglesia daba sombra al monasterio de Paray, helos ahí renaciendo en todo el suelo de Francia, renovados, transformados en Borgoña por el venerable P. Muard, que al resucitar la Orden de San Benito la ha puesto sobre el pecho del Sagrado Corazón de Jesús. He aquí esos dominicanos, regenerados también por un hombre que era un santo antes de ser un orador admirable; esos capuchinos, esos filipenses, todos esos religiosos y religiosas, todas esas obras que vivían entonces un poco lánguidas y que hoy poseen una fuerza, un poder, una juventud, una agilidad de que carecieron en la sociedad antigua, que los hace apóstoles y conquistadores más fecundos y más santamente apasionados de Dios y de su Iglesia.

Pero lo que pone el colmo á la admiración en este renacimiento de las obras católicas en el siglo XIX, es que viven en medio de la miseria y de la libertad.

¡Sí, viven en la miseria! Todos sus bienes les fueron arrebatados, se les prohibe adquirir otros, subsisten de limosna, no saben con qué vivirán mañana, pero el hecho es que viven.

¡Se conservan á pesar de la libertad! El siglo XVIII gritaba en diversos tonos que si los votos no se quebrantaban, era por la coacción de las rejas, de las leyes y del Parlamento. Romped las rejas, decia, derogad las leyes, y veréis cómo la vida religiosa perece miserable-